

Nacer de nuevo

Dicen los químicos que cada siete años cambiamos de cuerpo y que el ser humano va perdiendo célula a célula su sustancia. Y añade José Luis Martín Descalzo: “Ahora soy Yo quien descubre que cada cinco años también cambiamos en parte, de alma”. Es decir, vamos asistiendo desde nuestra realidad a nacimientos permanentes y que, de alguna manera, tenemos que multiplicar el alma.

Ese ritmo acelerado de nuestros cambios habla también de nuestra personalidad y, más que todo, de nuestra madurez. Muchas gentes viven estancadas, paralizadas y en descomposición total. Y no lo advierten. Son tradicionalistas de capa y espada. Hay quienes lo aceptan a regañadientes. Y muy pocos lo asumen con convicción. Ya el gran Einstein lo advertía: “La medida de la inteligencia es la capacidad de cambiar”.

El Evangelio nos habla de la necesidad de cambiar. Y lo afirma categóricamente: “Tienes que nacer de nuevo”. El bautismo logra esta transformación en nuestras vidas. Nos hace gente nueva e inserta en nuestras vidas la semilla creadora y fecunda de la nueva vida: Nueva en valores, nueva en actitudes, nueva en opciones, nueva en compromisos. Y nos reviste de un arma secreta: El coraje frente a la adversidad.

Nacer de nuevo no es fácil. Todo alumbramiento tiene sus traumas. Rompe el concepto primero de estabilidad, incluso, emocional arrancando de raíz los principios básicos de seguridad, de propiedad, de pertenencia. Y nos abre a mundos desconocidos e inéditos. Desde nuestro bautismo somos gente nueva. Se nos ha inoculado en lo más profundo de nuestro ser, la novedad, el desafío de hacer nueva nuestra existencia.

Cochabamba 08.01.23

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com